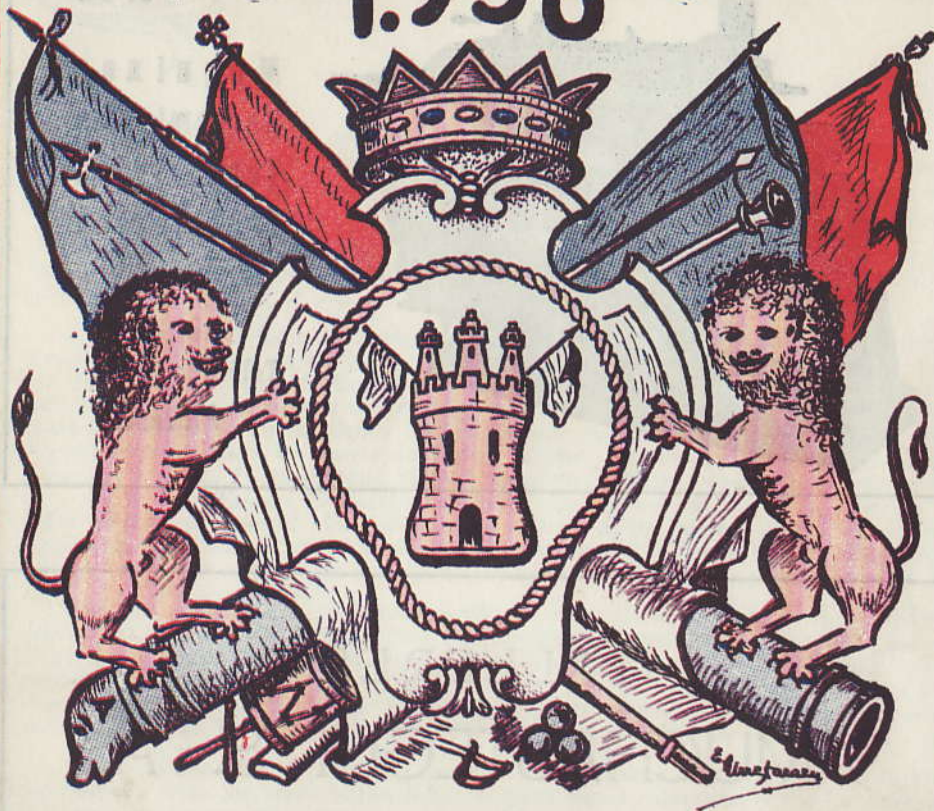


Narciso Larrañaga Guridi

FIESTAS PATRONALES 1.958



PLACENCIA DE LAS ARMAS

El Valle de Ezocia



Este camino aldeano se pone un ropaje de respeto para entrar en el pueblo —barandillas, cunetas, adoquines— pero parece que no lo lleva muy a gusto porque sólo es así por un lado, y por el otro entra en la calle con todo su cortejo montaraz de rocas, «charras» y zarzales.

Tiene también una franja férrea cruzada en diagonal, parecida a esas bandas que se ponen en el pecho algunos señores, y que nadie sabe para que sirven ni las bandas ni quienes las llevan.

Pero para volver hacia la montaña muy pronto se quita este disfraz y en la primera revuelta aparece ya en su verdadero aspecto. Calzado de pedruscos redondeados y sinuosos, con las orillas llenas de florestas que avanzan sus ramajes encima, casi hasta el otro lado. Setos espesos de laureles con enredaderas de lúpulo y rosales salvajes forman grupos aislados, y envueltos en la neblina matinal parecen borrosos monumentos. Robles altivos y flexibles acacias sacan sus ramas como para saludar y acompañar, formando una bóveda acogedora y fresca. En los bordes, multitud de plantas selváticas hacen un festón armonioso y florido. Los digitales levantan sus airosas cañas con sus racimos de campanillas moradas, colgadas en carillón. Matas de argomas nevadas de oro junto a cardos pomposos coronados de azul, blancas manchas de alhelies y margaritas y trozos de pradera se extienden en orla de flores y dan guardia a este camino en un desfile de gracia primaveral.

Al salir de una curva se bifurca, yendo un brazo hacia el barranco, y el otro sube, dando vista a un rincón umbroso cual una cerrada selva con árboles muy altos que desde el oscuro fondo levantan sus copas inquietas por encima del camino. La luz, que no puede pasar, se deshace en una claridad verdosa, y es más vivo el celeste azul que se ve en trocitos a través de las ramas. Helechos y zarzales ocultan rumorosos arroyos cuyo leve murmullo llega hasta arriba en suave algarabía de cristales rotos.

En las acequias de los prados el agua se abre en blancos abanicos de encaje, y al saltar deshecha rocía los arbustos con lluvia de finas perlas coloreadas y transparentes igual que gotas delíquidos diamantes.

Arriba, las laderas cultivadas en bancales y escaleras, extienden su verdor de infantiles brillos, y trigales amarillos próximos a morir ondulan como el mar, con pequeños islotes de manchas de encinos, rocas y jóvenes pinos.

Desde abajo, en la última curva, aparece un muro circular del que surge la tupida enramada de unos castaños indios plantados sobre él como en un enorme búcaro. Al pie de la pared, una fuente y unas cruces, y escaleras de piedras carcomidas, llenas de hierbajos, que suben hasta la placita de los castaños. En ella hay seis, bien erguidos en posición de guardia. Y ciertamente, cuando en primavera se cubren con la pompa blanca de sus racimos de flores enhiestas, cual pequeños candelabros, hacen una majestuosa escolta de gala, porque tienen delante... una ermita de la Virgen.

Ermita silenciosa y tranquila, en su pórtico suele haber algunas veces retorcidos troncos de robles y montones de heno fragante, cobijo de alguna camada de pollitos. Alrededor, tapias conventuales cercan huertos que desbordan sus frutales. En los rincones hay setos de dalias, lirios y rosales.

Cuando en la hora indecisa del amanecer la niebla se levanta de los árboles ascendiendo lentamente y la luz comienza a vivificar el colorido de la campiña, este rincón agreste da una sensación de paz profunda y antigua, y parece que el paisaje se extasia en una oración silenciosa y milenaria. El conjunto tiene gracia edénica que quizá fluya de la ermita, porque aquí se podría decir algo parecido a los versos del monje poeta, cantor de Santa Teresa:

Mil dones derramando, pasó por esta campa como un hada,
y yéndola mirando, con sola su mirada, de su gracia la dejó iluminada.

Y como en la poesía de otro antiguo monje, «valie mas essi pueblo que la avie vezina».

¡Ermita campesina, humilde y señorial, nacida en un vergel!

¡Agreste pedestal de la señora, trenzado en ramajes floridos de laurel, madre selvas y nidios, bajo el verde y ondulante dosel resplandeciente de luz de aurora!

Ermita campesina, sin lujos bizantinos, oculta entre castaños, nogales y albos espinos, sin romerías pecuarias que mancillan el ambiente con barullos de taberna, bailotean en cuadrillas, machacan las praderas y las llenan de latas, botellas y papeles pringosos de tortillas.

Florestas penumbrosas de virginal vegetación, que conserváis puras todavía la gracia y lozanía del primer día, cuando del «fia flux» nació la Creación! Presiento ya vuestro final destino: os aplastará el nuevo camino con su pétrea panza de hormigón, o por el sufriréis la devastación que dará paso a la invasión del pino.

Porque ya desde abajo avanza implacable un bárbaro espolón de piedra, abriéndose paso a golpe de dinamita, mordiendo la tierra con el trepidante furor de los martillos neumáticos. Marcha como una maléfica sierpe cavando una zanja profunda en la roja carne de la tierra, no ha hecho más que empezar y ya se ha comido la cabeza del viejo camino.

Para sentar su mole de cemento descuajará esos majestuosos árboles que han amparado a varias generaciones, árboles patriarcales, protectores y casi padres del hombre, porque el árbol es cuna, mesa, tálamo y tumba. Ahogará los arroyos y se tragará el agua en sus tenebrosos intestinos de tubos de cemento, extenderá en derredor su baba de asfalto y todo el paisaje quedará seco, endurecido y polvoriento.

Cuando llegue arriba levantará su paquidérmico lomo y por él treparán las modernas bestias del progreso, llevando entre bufidos de motores hierros, gas-oil y cemento. Pronto surgirán como gigantescos hongos esos jaulones humanos cuadrículados en hormigón igual que vastas estanterías para cajones de tornillos, cobijo de una multitud gregaria sin más horizonte que el que hay de la fábrica a la taberna, sin pensar en más que en los goles que haya metido el futbolista de moda. Habrá talleres, sirenas y motores, carbonilla y grasa, y entre la hierba macilenta y sucia, virutas de chatarra.

Y quizá cerca de la ermita, algún aldeano «con vista pa el negosio» pondrá una tasca pretenciosa y reluciente, con chismes cromados y luz fluorescente, y se beberá Coca-cola —«deliciosa»—. Talarán los árboles para poner en su lugar esos artilugios metálicos que parecen dos borrachos cogidos por el hombro, y acaso en la antigua y evocadora placita de los castaños cuyas frondas guardan resonancia del chistu fáunico y señorial, tocará ritmos grotescos alguna simiesca orquestina. Canturreos gamberros y radio-estridentes romperán la paz nocturna que los insectos y sapos disfrutan de cadencias. La campiña mutilada olerá a humo de motores y a gasolina...



Pero tengo la esperanza de que esta amenaza no triunfará, porque sucederá algo parecido a lo que cuenta Gonzalo de Berceo en su relato del milagro de la imagen, y como antes me he acordado de esta poesía, voy a escribirla porque es un perenne ramillete de

fragancia antigua. Tiene el lenguaje tosco, es como una joya de aquellos tiempos, de talla ruda, pero de alma maciza de puro material:

«En esti monesterio que avemos nomnado, avei de buenos monjes buen convento provado, Altar de la Gloriosa, rico e mui ontrado. En él rica imagen de precio muy granado.

...Era bien entallada, de labor muy fina, valie mas esi pueblo que la avie vezina.

Colgava delant ella un buen aventadero —en el seglar leguaje dizenli moscadero—, De alas de pavones lo fizo el obrero, lucie como estrella semeiant a luzero.

Cayó rayo del ciclo por los graves pecados, encendió la iglesia d etodos cuatro cabos, quemó todos los libros e los pannos sagrados, por poco que los monjes non fueron quemados.

Tornó todo carbonos, fue todo asolado, mas redor de la imagen non hizo mal el fuego, ca non era osado. Maguer que fue el fuego tan fuert et tan quemant, nin plegó a la Duenna nin plegó al Infant, nin les fizo de danno un dinero pesant.

Esto tovieron todos por fiera maravella, que nin fumo nin fuego non se llegó a Ella. El precioso milagro non cayó en oblido, fue luego bien dictado, en escripto metido, algún malo por ello fue a bien convertido.

La Virgen benedicta, Reina general, como libró sus tocas de esti fuego tal, asin libra sus siervos del fuego perennal: llievalos a la gloria do nunqua sufran mal.»



Aquí tampoco subirá la marea de cemento y modernismo que nos ahoga abajo. La oleada de asfalto —con tufillo de azufre— no se atreverá contra el poder de la Gloriosa.

JUVENTINO CAÑO

